

EL LÍBANO

CUNA DE EMIGRANTES A AMÉRICA



Arriba: Toldos de púrpura roja cubren del sol los tenduchos del zoco de Sidón. Sólo los camellos no han variado desde la época en que los navegantes fenicios surcaban el Mediterráneo con sus trirremes cargadas de los mismos artículos que probablemente transportan hoy estas «naves del desierto». A la izquierda: Esto es lo que queda de la gloria de Sidón. Eclipsado primero por su hija, Tiro, después por Beirut, el viejo puerto ha quedado relegado a un modesto abrigo para las lanchas de los pescadores.



PARA llegar de la Plaza de los Omeyas, de Damasco, a la Plaza de los Cañones, de Beirut, tiene usted que cubrir exactamente dos horas y media de carretera y una gran parte del abismo que separa a Oriente de Occidente. Porque mientras la nota dominante de Damasco es la tristeza, una tristeza que se extiende desde el patio de cualquiera de sus doscientas setenta y siete mezquitas a la pista de baile de cualquiera de sus dos cabarets, en Beirut se encuentra usted con una ciudad abigarrada, llena de vida y de animación.

Este contraste es lo único que puede llevar al viajero a sacar la conclusión de que Beirut y el Líbano no forman parte de Oriente. Una conclusión tan errónea como la de que Oriente y Occidente no se encuentran. Oriente y Occidente se encuentran en el Líbano, y si hay una mezcla feliz de los dos mundos, tiene usted que ir a buscarla a las calles de Beirut, donde los minaretes de las mezquitas alternan con los campanarios de las iglesias, los «tarbushes» con los sombreros occidentales y las mujeres veladas con lo que podríamos tomar por modelos de las casas de modas parisinas o madrileñas.

Muchas cosas, aparte de esto, le dan personalidad al Líbano: su historia, que cuenta por siglos donde nosotros contamos por años; su carácter de oasis en medio de un mundo de desiertos... Pero ninguna tanto como lo especial de su población. Con el señuelo de su fertilidad y de sus puertos, esta «Suiza de Oriente» ha sido una especie de Eldorado para las razas que en un momento u otro de la Historia han poblado el Oriente Medio. Al lado de los descendientes de los antiguos fenicios puede usted encontrar allí caldeos, cuyos antepasados vinieron de Mesopotamia; kurdos, arameos, que vinieron del Sur y que todavía hablan el idioma del Sermón de la Montaña... Allí están los más importantes núcleos cristianos de Oriente, reliquias del Imperio bizantino, de los Patriarcados de Antioquía y Constantinopla: católicos maronitas y siríacos, griegos católicos y ortodoxos. Allí se refugiaron los armenios cuando su pueblo fué dispersado del Asia Menor por la invasión otomana y allí siguieron refugiándose para escapar a las carnicerías de que los turcos les hicieron objeto hasta 1918; allí acudieron incluso en el último decenio, cuando la anexión de Alejandreta a Turquía. Allí fueron también—y allí siguen—los drusos, pueblo belicoso y rebelde, al que una tradición hace descender de los Caballeros Cruzados que hace más de ocho siglos ocuparon el país. Desde su «fortaleza de Dios» hasta los confines de Siria, el Líbano es un verdadero muestrario de razas y religiones. No hay que alejarse mucho del país, por el Norte, por el Este o por el Sur, para ver lo difícil que hubiese resultado en cualquier otro sitio la convivencia de todas esas minorías.

Abajo: «Como los cedros del monte Líbano». En los tiempos de Salomón, cuando vigas de cedro sostenían el Templo de Jerusalén, las montañas del Líbano estaban casi totalmente cubiertas de estos bellos árboles. Hoy, sólo 400 quedan en todo el país, en un lugar conocido por «Los cedros del Señor». Este



Por lo menos, un notable producto humano ha salido de este «cock-tail» de razas: lo que los franceses llaman «el levantino». El levantino es la mezcla más equilibrada de oriental y occidental que puede imaginarse, y aunque los encuentra usted un poco en todos sitios, por el Oriente Medio, su ambiente natural es el Líbano. El levantino es tan libanés como el cedro. Puede ser un armenio, un caldeo o el descendiente de un navegante fenicio de los que fundaron Almería; suele ser un cristiano de formación occidental y es siempre un tipo inteligente y emprendedor. De cien levantinos, noventa y nueve son comerciantes, de los que noventa emigran. Y el hecho de que casi todos hagan fortuna, no extrañará a nadie que sepa que en cuanto una colonia de levantinos se establece en una ciudad, la colonia judía hace las maletas y se marcha en busca de horizontes más despejados.

«Las ruinas de Tiro, como la proa de un barco», dice el capítulo 27 de Ezequiel. Y hoy, vistas desde el aire las columnas romanas donde todavía amarran sus lanchas los pescadores libaneses, le hacen reflexionar a uno en otra cita bíblica: «¿Cómo han caído los poderosos!»

Verdaderas proas de barco fueron Tiro y Sidón y lo son hoy los modernos herederos de su gloria: Beirut y Trípoli. Los bazares indios que el turista más casual no puede dejar de notar en las calles de Beirut, donde se quemán maderas de sándalo y se amontonan las sedas y las esencias, demuestran que en la más vieja ruta del comercio mundial el Líbano sigue siendo una mano tendida de Oriente a Occidente. Y el hecho de que el petróleo haya aparecido al lado de los artículos tradicionales que constituían el volumen del comercio fenicio y de que los trirremes hayan sido sustituidos por modernos buques-tanques, sólo contribuye a demostrar que la Historia se equivoca pocas veces y que lo que era cierto hace treinta siglos sigue siéndolo hoy.

Pero no es sólo el comercio lo que ha utilizado al Líbano como base de partida para el largo viaje entre Oriente y Occidente. Desde una antigüedad respetablemente remota el país ha ejercido también una especie de monopolio en el tráfico de los emigrantes. Las «cabezas de puente» de este tráfico estaban antes en la orilla occidental del Mediterráneo, y las ciudades del

ejemplar datará, probablemente, de tiempos de las Cruzadas. A la derecha, de arriba a abajo: Entre la montaña y el mar, la bella rada de Beirut. Y entre los árboles de la orilla, una de las instituciones culturales más antiguas del próximo Oriente: la Universidad Americana de Beirut, a la que acuden unos 2.000 estudiantes de veinte nacionalidades distintas.—El valle de Hamana, cerca de Beirut es una de las regiones más fértiles de todo el próximo Oriente.—Beirut es la capital de la eterna primavera. Pero a pocos kilómetros de distancia, puede usted encontrarse con estos paisajes, que justifican para el Líbano el nombre de «Suiza de Oriente».—Del desierto a la montaña, las tribus de beduinos pastores pueblan gran parte del próximo Oriente. Aquí, a pocos kilómetros de Beirut, un beduino conduce su rebaño de ovejas en un paisaje diametralmente opuesto al de los desiertos de Arabia, de donde procede su tribu.

Levante español y de la costa norteafricana son testigos de la audacia y el espíritu de empresa de los viejos navegantes fenicios. Pero hoy, en que el mundo se ha alargado, el Oeste de los libaneses no se detiene en las costas españolas, sino en América.

De hasta qué punto el Líbano es un país de emigrantes no suele uno darse cuenta hasta que llega a Beirut y se entera de que los libaneses se reparten a partes iguales entre su patria y las colonias del extranjero. El millón aproximado de habitantes del Líbano es quizá sobrepasado por el número de libaneses de Ultramar, y para un 60 por 100 de ellos Ultramar significa América, lo mismo que para los españoles.

El tráfico de emigrantes es reproducido a la inversa por el tráfico de dinero, y dudo que haya otro país donde las «importaciones invisibles» de capitales tengan la importancia que en el Líbano. Las mayores fortunas del país—y en el Líbano hay fortunas respetables—tienen su origen en América, sobre todo en la América hispana, y en Universidades de habla española se ha formado una buena parte de la clase dirigente del país.

Esto justifica la enorme preocupación que en el Líbano existe por los países hispanoamericanos y por los emigrados libaneses que en ellos viven. Las noticias de Hispanoamérica ocupan con mucha frecuencia las primeras páginas de los periódicos.

El emigrado es probablemente hoy el problema más importante del Líbano y de los libaneses. Ni siquiera la reciente guerra de Palestina, en la que el país se ha visto envuelto como belige-



rante, ha logrado desplazarle de las primeras planas y de la conciencia del hombre de la calle de Beirut o de Trípoli.

Y aunque Beirut y Trípoli no ofrecen las oportunidades que Río de Janeiro o Buenos Aires, el espíritu emprendedor del libanés ha estado blecido en ellas un floreciente comercio. Quizá un poco paradójicamente, la guerra de Palestina ha beneficiado al país desde este punto de vista. Con el puerto de Haifa en manos judías y cerrado, por tanto, el tráfico con los países árabes, Beirut se ha convertido en uno de los puertos comerciales más importantes del Oriente Medio, casi a la altura de Alejandría (Egipto).